

UNA vida de persecuciones, cárceles, amarguras y decepciones, lleva a una miliciana a refugiarse durante el franquismo en Los Pastoreros, un grupo religioso que cultiva la tierra en comunidad, en Fuente Vaqueros. Francisca Puente García tiene ochenta y un años. Es alta, delgada, con la mirada profunda de una luchadora, Pasionaria a su manera, revolucionaria anónima, de pueblo, allá junto a Sierra Nevada, en Güejar Sierra, donde desde niña trabajó en el campo y por querer vivir de la tierra sufrió un larguísimo cautiverio hasta encontrar otro pedazo de tierra donde reconstruir al menos la esperanza.

«Es una historia... Porque verdaderamente mi vida ha sido amarguilla siempre. Algunos jóvenes han venido a que les cuente estas cosas de mi vida: -Venimos a que nos diga algo de usted... Y así cogemos fuerzas para seguir nosotros adelante.

Yo, aunque ya soy muy mayor y estoy muy decepcionada, todavía tengo esperanzas. ¡Cuánto me alegraría yo si algún día estos jóvenes logran cambiar lo que nosotros no hemos podido!

Mi vida, desde luego, es una historia. Siempre lo mismo, queriendo trabajar tranquilamente en la tierra para comer y vivir en paz. Los niños de mi pueblo, Güejar Sierra, teníamos la idea de que ya veníamos *sellaos*, que unos teníamos que ser muy pobres y otros muy *veneraos*. Yo pensaba eso, y no he disfrutado ni en mi niñez, ni en mi juventud, y ya después...

La primera vez que yo fui a la capital, ¿qué tendría yo?, muy pocos años... Fuimos con una bestia y llevábamos un pucherillo con fritaila para comer. Y yo, en vez de fijarme en los escaparates, la vista se me iba para los cafés. Veía allí a unos hombres sentados y me decía: ¿si sabrán estos lo que es trabajar, si sabrán estos cómo se gana el pan? Nosotros sí que lo sabíamos.

Eramos seis hermanos trabajando en el campo. Casi medio año nos tirábamos en una dehesa, por la otra parte de Güejar, ya cerca de Guadix. Nosotros trabajábamos en subarriendo. Trabajábamos de sol a sol hasta caer molidos. Y todo el beneficio se lo llevaban el arrendatario y el amo. Y nosotros allí en la flor de la vida. Ni diversiones, ni malgaste de ná, siempre trabajando. Ya entonces nosotros mismos decíamos en la casa:

-Hay que ver la esclavitud que tenemos.

Cuando nos dimos cuenta nos hicimos grandes, sin más distracción que el trabajo del campo, viendo como nuestros frutos, todo nuestro esfuerzo, se lo llevaban otros.

Cuando me casé, nos fuimos a otra laborcilla... Son tantas las amarguras que tengo de estas fechas. Sembrábamos una miseria. Cuando llegó la República, pensamos que ya no se





«Los pastoreros vivimos con mucha sencillez... Yo encontré algo de lo que buscaba.»

LA REVOLUCION PENDIENTE DE LA PASTORERA DE FUENTE VAQUEROS

ANTONIO RAMOS ESPEJO

aprovecharían más de nosotros. Ya empezó nuestra tragedia cuando creímos que ya tendríamos las leyes que esperamos los obreros. Pues, no. El poder en nuestros pueblos seguía en manos de los caciques. Y cuando mi marido votó por las izquierdas, en venganza lo echaron de la labor. ¡Ay, madre mía! ¿Es que no había leyes para que pudiéramos defendernos? Como pasa y pasará mientras que el mundo sea mundo, no íbamos todos a una. Siempre los chaqueteros, los chaqueterillos..., que hace que nos dividamos y se reían de nosotros. Yo estuve como loca, localizando una chota que teníamos, para venderla y pagar el viaje a Granada del abogado que nos iba a defender. Lo perdimos todo... el trabajo y la semilla que habíamos sembrado. Ganamos el juicio, lo volvimos a perder..., pero, ¿cuál había sido nuestro delito?

Otra vez nos veíamos mi marido y

yo, y nuestros tres hijos pequeños, en la calle. Si es que no teníamos posibles... hasta que nos ayudaron a sembrar en otra tierra, que nos pusimos a labrar los obreros. Bueno, pues ya parecía que estábamos asentados en la tierra para poder comer, cuando una mujer llegó corriendo a decirnos:

—¡Escuchad...! Unas parejas de guardias civiles vienen a detener a nuestros maridos, que están en las dehesas. Que vienen por nuestros maridos... ¿qué hacemos?

Entonces yo me planté y les dije:

—¡Mirad...! Lo que no vamos a hacer es escondernos debajo de las chimeas.

Yo tuve también una idea. Le dije a Pepe, ni niño, que se fuera a casa de mi madre a decirle que teníamos ese problema y que los niños se quedarían con ella. Yo me despedí de mis hijos como si ya no volviera más a verlos. Total que después me dirigí a

las mujeres, seríamos unas quince o veinte:

—¡Escuchad...! Vamos al ayuntamiento. Si vienen por nuestros maridos tendrán que pasar antes por encima de nuestros cadáveres.

Nos fuimos a ver al alcalde. Y le advertimos que pasarían antes por encima de nuestros cadáveres. Nosotras llevamos palos y piedras; esas eran nuestras armas.

—¡Irse tranquilas—, nos dijo el alcalde.

—Pues eso es lo que deseamos.

El alcalde llamó al gobernador y éste le dijo que no había mandado al pueblo a los civiles. Los guardias nos vieron a nosotras que estábamos dispuestas a todo. Cuando ya el alcalde les comunicó la contestación, los guardias se marcharon para abajo. Los hombres y las mujeres se fueron al centro a celebrar lo que habíamos conseguido. Yo me quedé en mi casa, porque no me gustan los alardes. No quise que me nombraran ni presidenta ni ná... Yo dije que lo que había que hacer era estar dispuestos a todo. Pero, ya me tenían fichada. Los caciques mandaron a los guardias civiles para ver, dirían ellos, si les damos un escarmiento y se ponen más suaves.

A mí, me tenían ya *enfilá*. Y otro detalle que influyó para que me persiguieran tanto cuando estalló el Movimiento, fue una conversación con el cura.

Las beatas me tenían ya los pasos contados. Una vecina mía, socialista, me dijo que estuviera con ella porque

LA PASTORERA

el cura iba a su casa a confesar a su suegra, que estaba muy grave. Llegó el cura y empezó a dar vueltas por la casa, preguntaba por la enferma y decía también:

-Hay que ver como están las cosas. Y son las mujeres... las mujeres las que tenéis todo el lío formado porque habéis dejado de ser cristianas y ya no vais a misa.

Como lo decía por mí, yo le contesté:

-Oiga usted, yo soy cristiana, yo soy creyente, yo estoy muy *partica* de trabajar. ¿Y sabe usted lo que le digo? Que yo tengo un hijo y quiero que sea honrao, pero que también sea capaz de defenderse para que no le pase lo que a su padre, que se está dejando el sudor y la vida y nunca tenemos una peseta para dar de comer a nuestros hijos. Mire usted, yo voy a ir a misa y voy a confesar. Y después le voy a decir: mire usted que me encuentro aburría, que mi marido es muy trabajador, muy honrado, no es borracho, y seguimos sin poder comer. Y entonces me contestó:

-¡Que le vamos a hacer!

Que qué le vamos a hacer... Pues que yo estaba desesperada. Y tentámos que hacer algo. Y eso que yo,

antes, era de las que sentía la campana de la iglesia, y cogía a mi niño y me iba corriendo. Yo no sé lo que hay o no hay más arriba. Lo que tenemos que hacer es lo que yo he dicho siempre: defender lo que tenemos a la vista. Porque yo creo que con la fe que yo me eché a la calle, una mujer inculta, sin conocimientos, pero con muchísima fe... Si todos hubiéramos actuado así, el obrero no hubiera sufrido tanto. Nadie, ninguna fuerza, hubiera detenido al pueblo. Pero, el uno sale por aquí, el otro por allá, el otro... Los limpia chaquetas. Y nosotros, los que pagamos el pato. Como mi marido... Y eso no sé me podrá olvidar nunca. Si a Pepe lo mataron fue porque no me pudieron coger a mí. ¿Qué delito había cometido mi marido? Ellos iban por mí... Y no dejarían de perseguirme.

De manera que fue entrar los nacionales y nosotros tener que salir corriendo a refugiarnos al cortijo de un hermano de mi marido. Mi suegra, que estaba parálitica, se habla quedado en el pueblo; y al otro día, mi marido me dice:

-Mira, yo voy a llevarle una botella de leche a mi madre. ¿Cómo la vamos a dejar allí sola?

Y yo, ¿qué le iba a decir? Si era su

madre. Cómo le iba a quitar de la cabeza, Dios mío... Y no lo ví más. Lo cogieron. Entonces, le dije a mi Pepe, que ya tenía once añillos:

-Como eres un niño, tu pasarás desapercibido. Ve a ver si tu padre está preso.

Cuando mi Pepe estaba viendo a su padre en la cárcel, ya venían a cogerme a mí. Pero un sobrino mío corrió a avisarme:

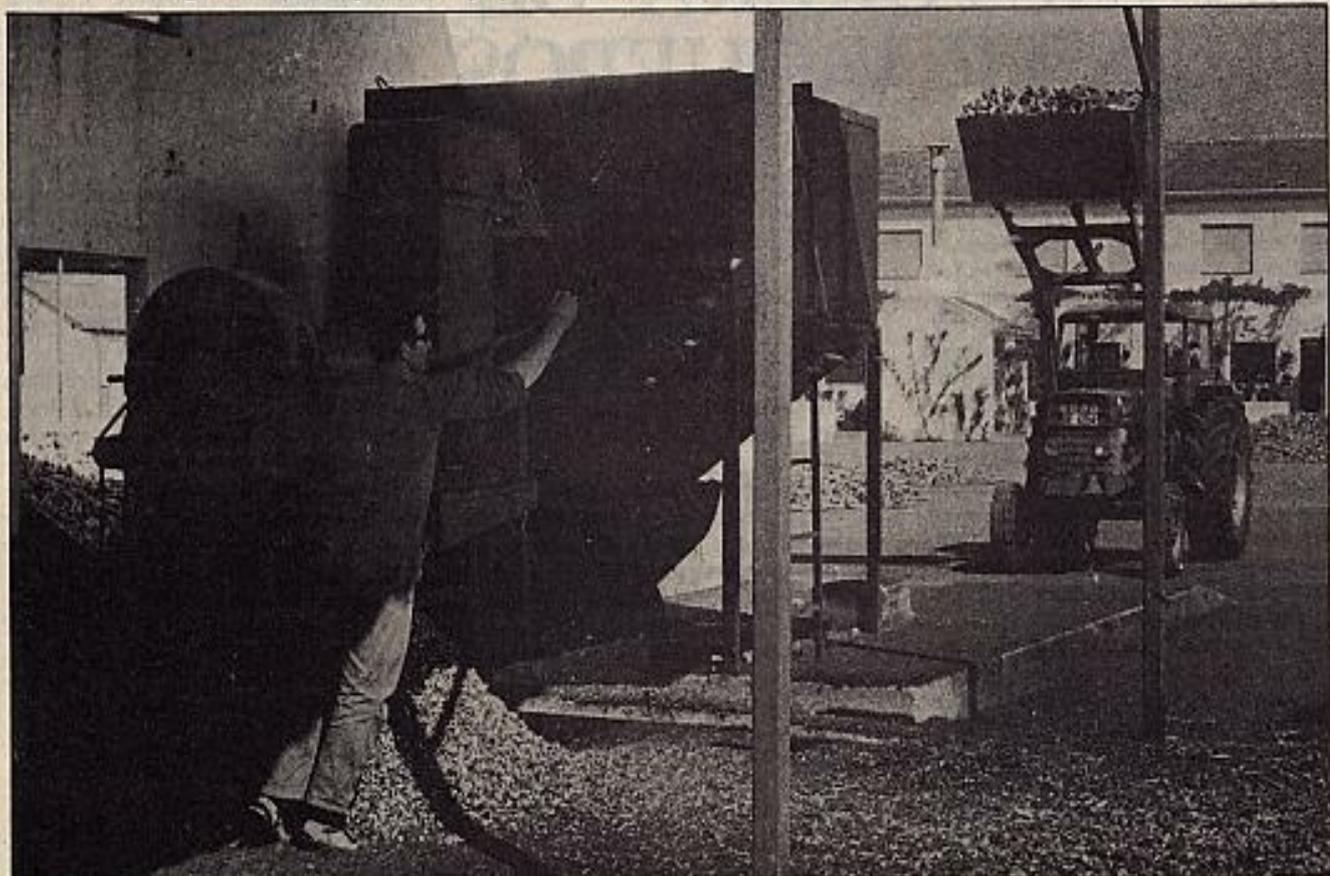
-Tita, que vienen por ti.

Yo me encontraba con mis dos niñas chicas, María, que siempre ha estado enferma, y Josefa; y mi Pepe, que también estaba fuera. Yo no sabía qué hacer.

-No te apures, deja aquí las niñas y tu vete con mi hijo al Tocón de Quéntar, -me dijo mi cuñado.

Entonces, pensé que más valía dejar a las niñas con su tío, que no arriesgarnos a morir todos por ahí. Mi cuñado me dio un palo y una manta. Me acerqué a la cama donde tenía las niñas acostadas, las besé, yo creía que por última vez, y les dije que iba a echarle de comer a los marranos y que volvería pronto. Mi sobrino, que tenía unos veintidós o veintitrés años, echó a andar conmigo. Y cuando íbamos por un sitio que le llaman los Lantéjares, me dice:

*«Hoy somos de trescientos cincuenta a cuatrocientos pastoreros, de los que doscientos cincuenta estamos en la cooperativa.»
Moluración del grano en la cooperativa agropecuaria «Santiago Apostol.»*



«Todavía hay esperanza para el milagro de un mundo mejor para los obreros.»



—Qué alegría tengo por haber puesto en camino de salvación a la tía que yo más quiero.

—Pero, ten cuidado tú a la vuelta, no sea que te cojan.

Como que lo cogieron...

—Que yo quiero dormir como los gallos, en lo alto, al aire libre, que yo no quiero dormir bajo techado, no sea que vengan... —le decía yo a mi familia del Tocón.

Mientras tanto, mi cuñado se llevó mis niñas al pueblo. Y mi Pepe, al saber que iban los nacionales al cortijo, se fue para allá; cogió los animales, separando en dos grupos a los que tenían encerrillos, que los mandó para el pueblo, y con los otros, que no hacían ruido, se perdió por el campo, en busca de su madre. El niño llevaba una cinta roja, por si veía a los republicanos; y una medalla, por si se tropezaba con los fascistas. ¡Qué ingenio de niño...!

Yo me había puesto a colaborar con los milicianos del Tocón. Pero, un día, en qué mala hora, me dieron la noticia de que a mi marido lo habían fusilado. Fue un seis de septiembre de 1936. No se me olvidará... Y también fusilaron a mi cuñado, al que se

había quedado con mis hijas, y a su hijo... A siete mujeres mataron. Y yo era la que estaba en cabeza... Y hombres, yo qué sé cuantos. De la provincia de Granada, en Güejar y Padul fue donde más gente murió.

Un día oímos la aviación enemiga en el Tocón. Y corrimos a refugiarnos. Yo no sabía lo que hacer, yo quería morirme, era un desastre... Entonces, me metí en una cueva, en el campo. No comía, nada más que esperando morir allí sin más esperanza. ¿Para qué quería yo vivir? Si habían matado a los míos y tenía perdidos a mis hijos. Hasta que una matrimonio del Tocón, una familia de derechas, pero gente buena, trabajadora, me vio allí y les dio mucha compasión, porque además ya me habían visto por el pueblo.

—Yo no quiero vivir —les dije—. Dejenme aquí..., que yo me quiero morir.

—Pero mujer... Usted tendrá que comer algo, que no la podemos dejar aquí. Mire usted, hemos oído que en el Tocón hay un niño que está buscando a su madre. A ver si es el suyo...

Entonces, yo reviví. Saqué fuerzas

de donde no las había y me eché a correr por aquellos pechos abajo. Y al llegar un rastrojo, vi a mi Pepe, que parecía un pollito perdiz perdido por allí. Le dio una voz... Y al encontrarlo, al lado de una acequia, que él me ayudó a saltarla, nos dimos un abrazo tan fuerte que se nos cortó el habla.

Nos fuimos al Tocón, que era donde no podíamos correr peligro. Allí me presenté otra vez a los milicianos, pero ya para que me militarizaran. Yo lavaba, cocinaba y mi niño, conmigo, hasta que ellos me dijeron que se lo querían llevar a Gaudix. Y allí se fue y lo trataron con mucho cariño. Después lo llevaron a Alicante, a Cartagena, hasta que ya entrada la guerra, nos pudimos ir con otros familiares a Cogollos de Guadix, donde lo puse en la escuela. Y un día, el niño, escribió un poema que decía: *«Retumba el cañón en la sierra / es el cañón invasor / que a la bandera española quiere hacerle una traición. / Es el invasor fascista / que a España quiere coger / para que la clase obrera / no deje de padecer. / Pero el bravo miliciano / que en las trincheras está / no le teme a la invasión / que amenaza con matar / y esos bravos milicianos / no les dejarán pasar / porque tienen por derecho / defender la libertad.»*

Pero, y como el maestro de aquel pueblo, era un infiltrado, como después supimos, y comunicó a mi pueblo, a Güejar, que vigilaran a ese niño que tenía unas ideas...

En la columna Maroto pase la guerra. Y allí vi cómo se dividió la columna, como ni siquiera había acuerdo... Eso sí que me apenaba, eso sí que tenía envergadura. Una historia..., divisiones entre socialistas, anarquistas, comunistas... ¿Y no luchábamos todos por una misma causa?

Cuando terminó la guerra me llevaron a la cárcel de Guadix. Por fin, me cogieron. Mis hijas estaban en el pueblo. Primero estuvieron con su abuela y mi cuñada. Luego, a mi María la recogió una familia del pueblo. Y a mi Josefa, al terminar la guerra, le prepararon los papeles para internarla en Auxilio Social de Granada. Mi Pepe volvió al pueblo y trabajaba el pobre en lo que podía, y de vez en cuando venía a verme a la cárcel, andando desde el pueblo, con una poquita comida para su madre.

En la cárcel pasé de todo tipo de calamidades, miedos... En más de una

LA PASTORERA

ocasión vinieron por mí. Una vez, en lugar de Francisca, pusieron Francisco, y en colaboración, con gente que había allí, que nos arropábamos unos a otros para librarnos de la muerte, no me llevaron. Otra vez, fue el doctor Salvador Martínez Laroca, cómo me gustaría que este hombre viviera... Era de Almería y estaba allí de médico, pero también tenía una pena de muerte encima. Pues vinieron a llevarme. Entonces, él se enteró y le pidió a un cortijero que le llevara tripillas de gallina. Se sacó sangre de sus venas y me daba tripillas con sangre para que yo las masticara y pareciera que tenía vómitos. Así consiguió librarme, hasta que ya salió el juicio. Me acusaban de haber hecho todas las barbaridades del mundo, de haber estado en pueblos que ni conocía... Total que de la pena de muerte se quedó en treinta años y un día. Eso fue lo que me dijeron; mi hijo Pepe precisamente, que lo dejaron entrar, porque yo me quedé sorda. En 1945, por el decreto de los treinta años, salí en libertad.

Hacía nueve años que no veía a mis hijas. Ya estaba en libertad. Y no podíamos volver al pueblo, ni vivir de la tierra.... Nos metimos en una cueva, en el Barranco de los Naranjos, donde nos dieron cobijo mis sobrinas. En dos habitaciones vivíamos nueve personas. Con nosotros se vino también a vivir la Niña Rubia, una muchacha, compañera de la cárcel, que, al salir, se vio sola. Eramos muy pobres, vivíamos en muy malas condiciones, pero contentos porque estábamos juntos. Mi Pepe empezó a trabajar en la construcción y yo en la limpieza. Conseguimos otra cueva en el Barranco del Abogado; y luego, una casita un poquito mejor... Con una olla nos arreglábamos para comer.

Hasta que un día, una familia de Güejar, vino a decirnos:

—Mira que nos hemos enterado que hay una gente muy buena, que se ayudan unos a otros, que predicán el bien de todos, y...

Entonces, yo pregunté:

—¿Van a misa?

—No.

—Pues entonces, eso me convence a mí más.

Eran los Pastoreros. Se llamaban así, nos llamamos, porque el fundador, José Castillo Bravo, era pastor, un hombre muy sencillo, que se puso a predicar el bien. Yo no llegué a conocerlo porque murió en 1931. Luego, siguió predicando Manolo Robles, que hoy es el presidente de la Cooperativa. Aquellos hombres y mujeres habían conseguido una parcela

en tierra de Fuente Vaqueros. Y algunos de ellos se fueron a cultivarla y a vivir en comunidad.

Nosotros empezamos a reunirnos con Los Pastoreros, que estuvieron perseguidos. Bueno, mis hijos tuvieron que ir a Comisarías. Pero en Los Pastoreros encontramos un refugio. Y unas ideas, como todas las cosas tiene sus fallos, pero que a mí me llenaron. Al final, conseguimos volver a trabajar en la tierra, que era la ilusión de nuestra vida. Yo, no... Ya no podía trabajar en la tierra. Pero, cosía sacos, me sentía útil, y mis hijos trabajaban.

Los Pastoreros vivimos con mucha sencillez... Yo encontré algo de lo que buscaba. Había vivido tantas calamidades, persecuciones...; y las divisiones en la guerra, que las he seguido viendo después, que con Los Pastoreros, pensando en el bien de la Humanidad, me sentía mejor.

Pero, yo sigo pensando mucho. Todos los días doy paseos por el patio de mi casa, entre las flores, y no

pienso en otra cosa que no sea en la manera de que el mundo de los trabajadores, que hemos padecido tanto, salga adelante. Y veo que están cada vez más divididos, y yo que me desespero, y algunas veces se me viene a la cabeza que se podrá hacer la revolución en el mundo... Y si yo pudiera, pero ¿dónde voy ya con ochenta y un años?, haría lo posible para hacer ese milagro.»

Manuel Robles, el gandhi de Los Pastoreros

«El pastorero cree en el sistema de la reencarnación, que muere y vuelve a nacer. Su línea es ver la forma de limpiar su camino en la existencia que vive. El pastorero sabe que el mal o el bien que aquí haga repercutirá mañana. El pastorero ve el materialismo

Frases sueltas de los Pastoreros

Piensa que la vida se te va y en una comedia has actuado. Todo lo que fuiste, pues serás campo de cipreses encantado. Antes de llegar a la traspuesta puedes enseñarte a recoger, debes para eso sembrar eso que desees para después.

Si te enojas porque no te agradecieron lo que hiciste por aquel, no digas que lo hiciste mirando hacia arriba, sino hacia abajo.

Si crees que la razón es tuya puedes estar seguro que estás equivocado.

A veces las alabanzas que te dan pueden ayudarte a ascender, pero los aplausos pueden hacerte bajar si te lo llegan a creer.

La vida es una comedia y cada uno representamos un papel con arreglo a nuestras condiciones. ¿Crees que has ganado un puesto de honor en el corazón de tus espectadores?

Crear en Dios no es pedirle bienestar ni beneficios propios, es respe-

tar toda su Creación y aceptar noblemente todo lo bueno o lo malo que El se digne mandar.

La primera batalla que has de ganar en la vida, es la que sostengas contigo mismo, sino consigues dominarte, no esperes alcanzar muchos triunfos en lo que pretendas realizar.

Si te merezco agradecimiento no me alabes, pídeles a Dios que me ilumine para que haga otro lo que hice por ti.

Cuando llamen a tu puerta, contesta, que otra puerta se abrirá cuando tu llares a ella.

Si quieres que los que te rodean sientan estímulo por ti, antes tienes que sembrar tú esa semilla, como no lo hayas sabido ganar, aunque te lo demuestren es fingido.

¿Cuál es el secreto y evolución de esta cooperativa?: Trabajo, economía, abnegación, constancia, celo, sacrificio, estímulo, honradez, capacidad, generosidad y espiritualidad.



«El Padre Pastor nos puso en el camino de una creencia, como hizo Gandhi. A nadie le dijo tú eres el mejor», afirma Manuel Robles, cabeza visible de Los Pastoreros.

de una forma fría y le presta mayor atención a la espiritualidad», dice Manuel Robles, cabeza visible del movimiento espiritual de *Los Pastoreros*. Manolo, nombre familiar y ejemplar para los cooperativistas andaluces, es además del Gandhi de la comunidad, el puntal fuerte de la Cooperativa agropecuaria «Santiago Apóstol», la más importante de Andalucía. A Fuente Vaqueros vienen cooperativistas de todo signo político, muy especialmente socialistas y comunistas, a aprender de la obra de estos hombres. En sus grandes naves dio el PCE el primer mitin comunista de la Vega, con Ramón Tamames; les siguió, Felipe González; y, por último, también vino a captar su voto Antonio Jiménez Blanco. Pero, ellos al margen de su religión y de su cooperativa, políticamente funcionan a su aire, con el voto libre y secreto.

«Los pastoreros aún no tienen conciencia exacta —explica Manuel Robles— de lo que era el Padre Pastor, José Castillo Bravo, que nació en Los Berchules, un pueblo de la Alpujarra granadina. Este hombre se dedicaba a guardar ganado, era un pastor, sin haber ido nunca a la escuela; por lo tanto, analfabeto. A los 68 años empezó a descubrir un misterio que lo transforma, una inspiración que hace que hable del amor y de la justicia, de cosas que no sabía nadie. Sería muy largo relatar todo su pensamiento, enmarcado en un pensamiento cristiano, predicando el amor al prójimo. En sus mensajes ya inculcaba un sistema de colectividades, de la unión de las personas, de las familias, para trabajar juntos. La gente que lo escucha en aquellas fechas, por el 1912, no lo comprenden. Sigue predicando hasta su muerte en Granada en 1934

y son miles y miles de personas las que lo escuchan.

«El Padre Pastor decía, por ejemplo, cuando tú tengas que aventar tu parva que vengan los del pueblo a ayudarte y después tú les ayudas a ellos. Le llegó un hombre, que se quería operar de dos dedos, que tenía unidos en la mano derecha. El Padre Pastor le cogió los dedos, le demostró que los movía bien y le preguntó: «¿te molestan para trabajar?» «No», le contestó. Y el Padre Pastor le dijo: «Pues entonces no te operes».

«Se le presentó una vez una mujer mayor en su casa. A la mujer se le había muerto un hijo y se había impuesto como sacrificio llevar una soga de esparto crudo, atada a la cintura. Nadie sabía que aquella mujer llevaba la soga. Cuando se despidió, le dijo el Padre Pastor: «Hija, quítate eso...». La mujer se quedó sorprendida.

«En todas sus conversaciones, el Padre Pastor hablaba mucho sobre la reencarnación y el amor. No había camino más claro que el que él aclaraba sobre el cristianismo: amando a los demás. Cuando él murió muchos de nosotros lo seguimos.»

—¿Usted le conoció?

—Yo, no; mis padres. Yo desde pequeño buscaba a Cristo en algún sitio. Acepté las enseñanzas que mis padres habían recibido de aquel hombre y yo lo seguí. Después, llega el tiempo en que los consejos del Padre Pastor dan su fruto, cuando en 1955 se crea el grupo para trabajar juntos, uniendo las tierras y el trabajo. El principal caudal que nos dejó el Padre Pastor fue la espiritualidad. A los diez años, nace la cooperativa. Y vemos que todos los caminos se nos abren de par en par porque ponemos en práctica, en los tajos, en el comportamiento

con los demás, la espiritualidad que heredamos.

—¿Se siente usted el representante del movimiento espiritual que les dejó el Padre Pastor?

—Aquel hombre decía que cada día que despertamos vamos a una escuela, en la que se presenta el mal, el bien, y las personas se distinguen en esa lucha diaria. A nadie le dijo esto es lo mejor, ni tú eres el mejor. A nosotros nos puso en el camino de una creencia, como hizo Gandhi. Y unos le siguen de una manera y otros de otra. Hoy somos de trescientos cincuenta a cuatrocientos, de los que doscientos cincuenta estamos en la cooperativa. Pero también hay miles de personas que escucharon al Padre Pastor y lo siguen.

—¿Qué cultos tienen?

—Nosotros tenemos lo que llamamos escuelas: cada diez o quince días nos reunimos una par de horas después de cenar y hablar de las enseñanzas del Padre Pastor.

—¿Ustedes están dentro de la Iglesia Católica?

—Cuando nace un niño pastorero se le bautiza y cuando se muere un pastorero se le entierra como un católico. Pero nosotros no vamos a la iglesia. Nuestra línea es diferente. El pastorero practica su religión no en la iglesia, sino en la calle. Nosotros vemos a Dios en todas partes.

—¿Sigue el celibato entre los pastoreros?

—Sobre esto quiero aclarar que lo único que dijo el Padre Pastor es que con el celibato se tienen más posibilidades de trabajar por el prójimo. Hay pastoreros que se han ido casando. Hace poco se casaron tres parejas de pastoreros.

—¿Ustedes creen en la reencarnación, ¿podría citar a algún personaje reencarnado?

—Mira yo cito en un libro que voy a publicar, por ejemplo, el caso de Isabel la Católica.

—¿Qué le pasó?

—Pagó una deuda por haber permitido el viaje de Cristóbal Colón a América y como responsable de sus malas actuaciones allí se reencarnó en noventa años de mendicidad en Francia.

—¿Hacia donde camina el mundo de los pastoreros?

—Hacia una transformación apocalíptica, tal como está puesto en la Biblia. El pastorero vive en esa creencia. Y el pastorero la meta que lleva es perfeccionar el trayecto de su existencia para el día que tenga que marchar estar preparado porque sabe que va a algún sitio; que no desaparece. ■ A.R.E. Fotos: Pepe Garrido.



Recuerdos

IÑAQUI MI PRIMO Y DIOS

GONZALO TORRENTE BALLESTER

A Lola y Manolo Fernández

1 El tío Miguel fue, igual que otros de la familia, a la Marina Mercante, y no porque no hubiera para él otra salida, que las hubiera tenido en la tierra y en la mar, sino por verdadera afición: al tío Miguel le gustaban los viejos paquetes más que los imponentes acorazados y entendía de estrellas y de rumbos

como cualquiera. Si se marchó a Bilbao fue porque allí estaban las compañías navieras. Si allí casó, fue porque lo quiso su destino: primero con Beatriz, que murió pronto, y, después, con Margarita, que era hermana de Beatriz. Yo recuerdo una foto en que aparecían las dos hermanas, sentadas, muy peripuestas, y, detrás, el tío Miguel entre cuatro tofornidos muchachotes, capitanes de altura todos ya, con

sus boinas encasquetadas, hermanos de Beatriz y Margarita. Fue, supongo, una fotografía hecha cuando aún no se había casado, quizá de recién recibido en el barco que uno de ellos mandaba. Por el tiempo de su marcha, cantaba una canción que él mismo se inventara, de la que la memoria guardó unos harapos sin cabeza ni pies:

...A Bilbao me voy derecho,
oficial por una plaza
que reservan para mí.
Alguna mujer, de fiyo, pensará
que en saliendo yo a la mar le he de escribir,
y esperando mi cartita quedará,
que nunca ha de venir...

Era de muy buena facha, el tío Miguel, y de elevada talla, aunque un poquito encorvado, como si su cortesía le obligase a inclinarse un poco para ponerse a la altura de los demás, pero tampoco tanto que desmereciese. De vez en cuando aparecía, inesperado, por una recalada o una arribada forzosa, y contaba de sus viajes. Lo que a mí más me impresionaba siempre era su reloj, todo de oro, que se apretaba un botoncito y daba las horas y los cuartos; pero lo que le levantaba por encima de lo imaginable, según la estimación de la familia, era que, en Nueva York, había oído a Caruso, óyelo bien, al mismísimo Caruso, nada menos que 20 dólares que pagó por la entrada. Lo que no puedo precisar es si lo había escuchado en «Rigoletto» o en «Lucia de Lammermoor», o si en ambas. El con su hermosa voz, repetía romanzas, pero yo, lo único de que me acuerdo, es de «La donna è mobile», que lo oí a mucha gente más, incluido mi padre. No puedo asegurar que tío Miguel la cantase mejor.

Pero de lo que sí estoy seguro es de que se sabía los atajos y los caminos secretos del Atlántico. A mí, esto de que los mares tuvieran atajos y caminos secretos me pareció, durante un tiempo, inverosímil, tirando a disparate, pero ya de maduro conocí al capitán Vizcaino, para quien carecía de secretos el océano y conocía rumbos de soledad y travesías ocultas, y, entonces, devolví el buen crédito a Miguel. Ese su conocimiento de la mar le permitió recorrerla por rutas nunca frecuentadas; durante la guerra del catorce iba a los puertos de América y traía hasta los franceses contrabando de armas, pero, a pesar de su sabiduría, cuatro veces le torpedearon el barco los alemanes, cuatro veces naufragó, y en una de ellas estuvo tanto tiempo en la mar, sostenido por el chaleco salvavidas, que se le arrimó un reuma a una pierna del que ya no se vio libre jamás.

Entre viaje y viaje, alguna vez recaló, y yo le escuchaba contar y describir estos atardeceres en que se escruta el horizonte en busca del temible periscopio, la iniquidad de cualquier

hora, el alboroto de las alarmas, y ese echarse a dormir con el temor de no despertar ya en este mundo. Miguel era muy religioso, y cada vez que venía (como acabo de decir), sacaba tiempo del tiempo para subir a Chamorro y ofrecer a la Virgen una vela de su misma estatura. Alguna vez me llevó consigo. Mientras rezaba él, yo contemplaba el pabito encendido allá arriba, al cabo de la vela inmensa, tembloroso como la angustia o la plegaria, pero también reluciente. La vela del tío Miguel fue siempre la más alta, y es que era un gran tipo.

2 Ganó mucho dinero, con esas navegaciones por sendas extraviadas, por los ocultos vericuetos de las olas; pero la tía Margarita era un poco ambiciosa, o quizá no haya sido más que una racha de ilusión, si no de chilladura transitoria, la que la llevó a jugarlo todo en la Bolsa, lo que ganaba su marido y perderlo. Esto fue, más o menos, al terminar la guerra, cuando de pronto cesó el tráfico marítimo y los barcos amarrados se alargaban, abarloados, por los muelles de la Ría, con poca gente abordo, la indispensable. Miguel se quedó sin trabajo, y lo que le quedaba de sus ganancias, tras las inteligentes especulaciones de su mujer, no debía de ser mucho. Ignoro por qué razones tuvo que venir al pueblo, e instalarse en él con su tropa, que no era mucha: sólo los tíos y los dos primos, Gabriel, que era el mayor, e Ignacio.

No tengo más remedio que referirme un poco a ellos. Se les conocía únicamente por los retratos que su padre traía, y eran, la verdad, dos chicos guapos, una mezcla de sangres, comprendo hoy, que añadía, a la reciedumbre, la gracia, pero ésta es una consideración tardía, a la vista de las antiguas fotos que se conservan en desgualdramillados álbumes o en cajas de zapatos atadas con cintas de desvaído color. Lo que entonces se decía era sólo la afirmación de su belleza, qué ojos, qué nariz tiene este niño, pues ¿y la boca del otro? Además, elegante, caray, no vestían como nosotros, la eterna marinera, la gorra con la cinta del «España» (acorazado), el capotón de botones dorados y las botas de becerro, sino trajes y zapatos de mucha fantasía. «¡Es que como París está tan cerca de Bilbao!». Aunque, a lo mejor, los modelos no llegaban de Francia, sino de la mismísima Inglaterra, donde había los niños mejor vestidos del mundo. «¡Sí, con esos pomponcitos colorados o esos cuellitos duros con corbatas de hombre! ¡No me digas!». No era fácil poner a las mujeres de acuerdo acerca de aquellas elegancias, pompones o cuellos duros, pero en lo de que Gabriel e Ignacio eran mucho mejor educados que nosotros había cierta unanimidad. Los primos de Bilbao eran los niños mejor educados de aquel mundo, eran la losa que apabullaba

ÑAQUI MI PRIMO Y DIOS

nuestras imperfecciones, fueran al comer o solamente al hablar, la incorrección o el taco distraído. «¡Los primos de Bilbao...!». No puedo precisar si era de odio el sentimiento experimentado hacia ellos, pero en todo caso, formaban parte de aquella pléyade de eminencias reventantes, ejemplos innaccesibles y fastidiosos, Jorge Juan y Pepito Arriola. (Churruca quedaba aparte; lo de Churruca, si lo contaban bien, hacía temblar los huesos, pero tampoco era cosa de que se repitiese lo de Churruca, asunto de los tiempos de los barcos de vela).

Eramos demasiado chicos para plantearnos con el rigor indispensable la cuestión metafísica de si existían o no los primos de Bilbao, o, al menos, de la clase de existencia que les correspondía, pero contábamos con que jamás habíamos de verlos, al menos, mientras no fuésemos mayores. Ellos vivían en Bilbao, Bilbao era una ciudad grande, con el puente colgante más elegante, ciudad de gente muy rica, aunque con humo como la nuestra en los cielos oscuros. Alguna vez, mamá iba a Bilbao, por el verano, y decía que sí, que los primos eran muy bien educados, aunque, el pequeño, mimoso. ¡Pues ya era algo!

3 La llegada de Ignacio con el tío Miguel fue tan inesparrada como incalculada: una de aquellas buenas noches del verano, en que estábamos todos en el balcón, y se había cantado «Flor de té» después de aquella otra canción, tan bonita, de la dama de un castillo y de un poeta:

Castellana, castellana,
nunca blasones de honor,
que no existen fortalezas
si a tus puertas llama amor,
amor.

Se cantaba en Madrid y en Barcelona y también la había cantado en el teatro de nuestro pueblo una de aquellas madames deslumbrantes de lentejuelas, Fornarinas, Raqueles y nombres de esos, quizá La Goya, ¿quién lo puede recordar? En cualquier caso, una de aquellas de grandes ojos oscuros que venían retratadas en «La Esfera», Julita Fons o Dora la Cordobesita.

Pues se había cantado y cantado, y ya empezábamos a temer que llegase la hora de acostarse, cuando alguien chistó desde abajo, y al chist añadió que era Miguel, que había llegado en el tren de la noche con retraso, y que traía consigo a ñaqui. ñaqui tenía que ser aquella sombra menuda que se apretaba contra

sus piernas, sombra sin rostro porque están de espaldas a la luna. Bajaron corriendo a franquearles el portón, y los vi entrar en las sombras. ñaqui. ¿Quién es ñaqui? Los vascos les llaman así a los Ignacios. ¡Ah! ¡Era uno de los modelos! Todos habían corrido a recibirlos, también mi hermano, de modo que no tenía con quien cambiar miradas significativas. Supongo que cuando un tigre se ve obligado a aceptar que otro tigre penetre en su terreno, debe de sentir lo mismo que yo sentía, aunque con corazón de tigre: arrinconado en el balcón, mientras llegaba hasta mí el rumor de los plácemes y de los besos. Todos los rodeaban, a Miguel y al ñaqui: hasta la abuela había salido de su habitación remota, y se abrazaba a su hijo, a quien no había visto después del último naufragio. «¡Miguel, Migueliño, meu Miguel!». Tenía que haber dicho eso o algo parecido, a no ser que hubiera hablado en castellano, como cuando se ponía seria, pero yo no puedo precisar si, en todas las ocasiones sentimentales, la abuela hablaba o no en gallego.

Y todo esto lo averigüé por las sombras que se movían, alargadas por la luz de las velas, primero, y de los quinqués también. Oí cómo la abuela mandaba poner la mesa —en castellano!— porque aquellos dos venían sin cenar. El barullo marchó hacia la parte del comedor. La sala se quedó a oscuras y en silencio, y yo en el rincón del mirador, perplejo, casi llorando porque nadie me había echado de menos, y al mismo tiempo contento de aquel olvido. Me puse a cantar yo solo, con la voz muy bajita, y escuchándome:

En lo alto de una roca, cual coloso
que mira al infinito,
se levanta un castillo poderoso
con torres de granito.
Y allí, la castellana,
la que tiene por rostro una mañana
de fina primavera...

Hasta que se oyó mi nombre. Alguien me llamaba a voces y preguntaba que dónde se habría metido aquel chiquillo. Simulé que dormía, y así estuve hasta que me sacudieron los hombros. «¡Espabilate, hombre! ¡Vino tu primo ñaqui, el de Bilbao! ¡Espabilate!». Me dejé conducir, simulando somnolencia. Pensaba que ñaqui, con más derecho que yo, podría decir a su padre que le enseñase el reloj de oro y que hiciese sonar las campanillas. Acerca de Caruso, en cambio, seguramente que no le preguntaría nada.



4 Iñaqui se meaba en la cama: quede esto bien claro y garantizado por mi palabra de honor y una continuada experiencia: como que tuve que soportarlo todo el tiempo que estuvo, me quejo a mamá, mamá me dice que me calle, le lavan todos los días la sábana, le lavan todos los días el camisón (el señorito dormía en camisón y se refa de uno, que lo hacía, modestamente, en camiseta), y que no lo sepa nadie, pobre niño, va a darle mucha vergüenza... ¡y yo, aguantando, porque no hubo manera de que nadie lo quisiera en su cama, y como éramos de una edad...!

Yo me hurgaba las narices, de acuerdo. Admito que no esté bien, pero no hay comparación posible entre una cosa y otra. Si me lo echaban en cara, me sentía amparado en la propia desproporción. Lo de meterse los dedos en la nariz puede hacerse a escondidas y sin hacer mal a nadie, y, sobre todo, sin comprometer para nada las narices ajenas. Lo de mearse en la cama es otra cosa, ¡y a los ocho años...!

A mí me tocó, por supuesto, poner a Iñaqui al corriente del mundo en que vivíamos. No me fue fácil. Por lo pronto, él no entendía aquello de que «sólo mueren las personas que se olvidan», y si bien es cierto que él no había olvidado, se debía únicamente a que no lo había sabido antes, ni conocido. Tío Miguel debía de hablar poco de nosotros, lo indispensable, y, en cualquier caso, únicamente de los vivos, de modo que para Iñaqui, de la abuela para atrás, todo le resultaba inexistente, y se empeñaba en no ver lo que veíamos. Obdulia

solía advertirme de que, por grande que fuera mi esfuerzo, jamás conseguiría de Iñaqui que viese más allá de sus narices: en eso, era comprensiva y me ayudó bastante. Pero otras cosas, harto más evidentes, tampoco las veía el pájaro. Por ejemplo, lo de Dios. Voy a contarle de Dios, para que se comprenda su verdadera calidad.

Después de enseñarle todo lo que fueran piedras, salones, almenas,

torres y caminos de ronda (que él tampoco veía), le tocó a la habitación de la abuela, una mañana en que ella se había ido a la huerta, a sus conversaciones privadas con Dios Nuestro Señor, o con alguien que le hablaba en su Nombre, (cosa, asimismo, ante la que Iñaqui se mostró incrédulo, ¡como si hubiera algo más claro y más verdadero que el que la abuela tenía conversaciones privadas con el Señor! Lo sabía toda la aldea, además de todo el mundo).

—Mira, le dije; ésta es la cama donde durmió Napoleón cuando anduvieron por aquí los franceses, y, como ves, está hecha de hierro y bronce, con perillas de cristal. No me dirás que no lo ves. Esa es el arca donde guarda la abuela sus secretos y sus tesoros. Los secretos no sabe nadie cuáles son, pero, entre los tesoros está el puñal con el que el bisagüelo Fernando quiso matar a la bisagüela Rosalía, y ella le retorció el puño, fijate si sería fuerte la tía, y llamó a un criado que recogiese del suelo el puñal y se lo entregase a ella, mientras el bisagüelo Fernando pasaba vergüenza de no poder desasirse. ¡Fijate tú...!

—Y, ese puñal, ¿para quién va a ser?, preguntó, como distraído, el milo, que me había escuchado silbando.

No le quise decir que para mí, según la abuela y yo habíamos convenido tiempo atrás; le respondía que eso formaba parte de los secretos, y que ya se vería a su debido tiempo. Pareció conformarse.

—¿Y esa puerta?, me preguntó.

—Por ahí se va al cielo.

ÑAQUI MI PRIMO Y DIOS

-¿Al cielo?

-Sí. Cuando la abuela se muera, abrimos esa puerta, y ya está. Al otro lado hay siempre ángeles, que, al verla aparecer, se la llevarán de seguro.

-¿Y por qué no la abrimos?

La tal puerta era grandota y pesada, con dos enormes cerrojos y una cerradura de hierro por cuyo ojo, si se miraba, veíamos *un jardín*. Ni más ni menos, ni ángeles ni porras: un jardín. Pero yo sabía que, *aquello*, era el cielo, en lo cual me diferenciaba de ñaqui, que ni siquiera el jardín veía.

-¿Y por que no la abrimos?

Le señalé la huerta a través de la ventana abierta.

-Primero porque la abuela viene ahí, y nos pillaría; segundo, porque no tenemos llave.

-¿Y quién la tiene?

-Ella.

-¿Y no la olvida nunca?

-Alguna vez, sí.

-Pues, cuando la olvide...

-Para saberlo, tendrás que estar tú avizor.

-No importa. Soy buen espía.

-Lo que eres tú es un mierda.

-Se lo voy a decir a tu madre.

-¡Vete a hacer puñetas!

-Le voy a decir también lo de irse a hacer puñetas.

Encima, acusica, el ñaqui. ¡Vaya pájaro el que me había caído! «¿Y va a ser siempre así?, le preguntaba a Obdulia, y ella me respondía que no, que cambiaría con la edad. Eso me consolaba mucho, porque, aunque no parezca, yo le iba queriendo, y cuando se ponía bobo y hablaba por la de que era un vicio que tenía, hablar por la de, y echarse a llorar todas las noches, «¡Yo quiledo id donde papá!»; cuando se ponía bobo y le daba por no creer nada de cuanto le decía, pues lo pasábamos bien, de un monte a otro, de un árbol a otro. Le enseñé a robar fruta: ya se ve en esto que lo quería.

5 Cuando tenía alguna baza a su favor, sobre todo si era oculta, daba unas vueltas muy raras a mi alrededor, unas vueltas de pájaro desconcertado, y sonreía. Pero aquella vez duraron poco las vueltas y la sonrisa. Descubrió enseguida el juego, y me mostró la llave de la puerta del cielo.

-Hala, vamos.

No lo recuerdo bien, pero seguramente me rasqué el colodrillo, que es siempre una buena respuesta, le pregunté que dónde estaba la abuela, y me dijo que en la huerta, o dormi-

da, o arrebatada. Miré por la ventana, y la vi, efectivamente, quieta y lejana. Pregunté si no habría muerto, y me dijo que no, que la había oído respirar.

Confieso que no tenía el menor interés en abrir aquella puerta, que entre otras cosas, no era la del cielo, o al menos eso creía yo, sino una puerta vieja que no se usaba nunca. Si le había mentido a ñaqui, era más bien por castigar su incredulidad y su manía de no ver lo que todos veíamos, muertos, fantasmas y eso. Ni siquiera las torres, lo cual es más grave si se considera que, durante el tiempo que ñaqui estuvo entre nosotros, apareció una nueva, hacia la parte del NNO, con un costado de hiedra por el que podría trepar hasta arriba quien tuviese agallas. Yo creo que ñaqui se negaba a reconocer que la torre estaba allí sólo por no admitir también que le faltaban pelotas para la expedición.

-Bueno, pues vamos.

La abuela había dejado abierta la ventana de su cuarto, como siempre que no llovía y pude verla sentada debajo del cerezo, quieta.

-Parece que no hay cuidado.

Ñaqui me tendía la llave. Le pregunté que dónde la había cogido, y no me lo quiso decir.

-¿Abrimos?

Yo no lo había hecho nunca, jamás había tenido en mis manos aquella llave pesada, de superficies tan pulidas. Hubo que traer un pringue de aceite, y, aun así, rechinó. Lo que se abría era, en realidad, una especie de postigo. Por él salimos a un jardín. Yo no lo había visto nunca, pero no tenía nada de particular. En un rincón alejado de la puerta, algulen como un jardinero trabajaba con un azadoncillo.

-¿Esto es el cielo?

-No sé.

-¿Y ese señor es Dios?

-Tampoco lo sé.

Ñaqui se echó a reír en mis narices.

-Mira: de cómo sea el cielo, no lo voy a discutir contigo, pero de Dios puedo decirte que lleva un anillo como el de los obispos, y una tiara como la del Papa, pero con una corona más.

Con cierta sorna le pregunté que cómo lo sabía con tanta precisión.

-Además de que lo vi pintado, nos lo explicó una vez el padre Gabirondo. El padre Gabirondo sabe de Dios más que nadie, puedes estar seguro.

Yo acepté el reto y con cierta indiferencia, enteramente fingida.

—Sabrá mucho de otro Dios, pero del de aquí no sabe nada.

—¿Cómo del de aquí?, ñaqui pareció alarmarse. El padre Gabirondo dice que Dios no hay más que uno.

—Eso será en Bilbao. El que tenemos aquí, para que te enteres, ni lleva anillo, ni tiara, sino que va vestido de capitán general de la Armada, sólo que en vez de cuatro galones, como el Rey, lleva cinco. La coca en el de arriba, por supuesto.

—¿Y cuántos dice que lleva el Rey?

—Cuatro. Es capitán general por derecho propio. De la Armada, claro. Del Ejército, he oído decir que el capitán general es la Virgen del Pilar.

Pero ñaqui no me hacía caso. Miraba hacia el fondo del jardín, y se le abría la boca en una mueca de estupor. Casi no pudo articular un susurrado «¡Arrea!». Y empezó a retroceder hacia el portón entreabierto. Busqué con la mirada lo que así le asustaba: el que hablamos creído jardinero, traía ahora, en la cabeza, una tiara con cuatro coronas, un anillo de obispo en una mano, y vestía de capitán general de la Armada, aunque con cinco galones en la guerrera, por encima del entorchado. No dije arrea, pero lo pensé.

No era un viejo de lengua barba y más lengua cabellera, sino un caballero normal que nos hacía señas de que nos acercásemos. Lo hicimos, ñaqui agarrado a mí y detrás. Cuando estuvimos cerca, ñaqui habló el primero, para decir: «Fue cosa de éste. Yo no me hubiera atrevido.»

¡Qué bien educado! Lo fulminé rápidamente:

—¿Cómo te atreves a mentir delante de la cara de Dios?

Pero Dios no pareció enfadarse. Se sonrió y dijo, con una voz muy campechana, una voz como esa de los marineros viejos, que El no había oído mentir a nadie, aunque sólo fuese porque, con tantos años, andaba un poco sordo. Comprendí que estaba disculpando a ñaqui, porque, ¿cómo va a ser Dios sordo? De modo que disculparlo era lo mismo que perdonarlo, y, en vista de eso, eché a ñaqui el brazo por encima del hombro.

—Supongo que queréis algo de mí, corrigió la postura de la mitra, que no le sentaba nada bien, ¿por qué voy a decir una cosa por otra?, le sentaba de un modo raro. Hubiera estado hermoso vestido de Papa o todo de capitán general, pero la mezcla no le iba, ésa es la palabra, no le iba.

Intenté demostrar a ñaqui que, a generoso, no me gana nadie. Sin soltarlo, respondí:

—Uno de nosotros se mea en la cama.

—Y el otro, —añadió ñaqui rápidamente—, siempre anda con el dedo en las narices.

—Pues si el que anda siempre hurgándose las napias deja de hacerlo, el otro amanecerá limpio cada mañana.

—Hecho, dije yo. Si no es más que eso...

—Yo también quería saber cómo está mi madre, se atrevió a decir ñaqui, un poco compungido.

El Señor le miró y le acarició el pelo, y después me lo hizo a mí, seguramente para que no tuviese celos, pero yo no me hubiera celado nunca, porque ñaqui, al fin y al cabo, hacía más de un mes que no veía a su madre, y nadie le escribía. «Eso de escribirse, solía decirle yo, al quejarse, es cosa de mayores. ¿Cómo va nadie a escribir una carta a un niño de ocho años?». Pero yo le decía eso para

tranquilizarlo y para que no diera la lata y se pusiera triste cuando caía el sol, que es esa hora tan bonita en que empieza a vivir el bosque.

El Señor le reveló que su madre estaba bien, aquello era una revelación que vendría pronto, y que si no queríamos pedirle nada más, El se marchaba.

Y se fue, por una vereda estrecha, alumbrada por muchas flores, y larga, larga, muy empinada, probablemente hacia el cielo. Le contemplamos mientras la recorría, hasta que se puso pequeñito, allá lejos, y también vimos, o nos pareció ver, que se quitaba la tiara y se la metía bajo el brazo.

—¿Ves? Le sentaría mejor una gorra de plato.

Hasta que Dios se perdió en el mismo centro del sol, que estaba rojo. ■ G.T.B. (Ilustración: Julio Cebrián).

